

Sigismund Krzyzanowski

Biografía de una idea
y otros relatos

Traducción de
Marta Sánchez-Nieves

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2019

Publicado bajo los auspicios de la Fundación Mikhail Prokhorov
TRANSCRIPT programa de apoyo a la difusión de la literatura
rusa.



© Éditions Verdier, 1991

© De la traducción, Marta Sánchez-Nieves 2018

© **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2018**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-947802-1-9

Depósito legal: B 28583-2018

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por es-
crito del editor.

Índice

Biografía de una idea	9
El tema ajeno	23
Kunz y Schiller	75
En la pupila	89
El viejo y el mar	139
Los poco-poquísimos	145
Por eso	161

Kunz y Schiller

En una pequeña ciudad alemana (he olvidado el nombre)* había dos sitios de interés: un teatro y un monumento. El teatro: de estructura un poco cuartelera, con un escudo oval sobre la triple puerta de entrada. El monumento a Friedrich Schiller estaba en el centro de Marktplatz, con el perfil hacia la casa consistorial: en un zócalo de granito, sobre un fondo de coloridos rótulos y de los muros de ladrillos de las casas que rodeaban el mercado, un hombre de mármol de cara delgada y alargada. Estaba en un cómodo sillón de mármol, apoyado en el respaldo redondo. En las rodillas puntiagudas, un cuaderno enrollado. Naturalmente, en los días del aniversario de Schiller, en la primavera de 1905, el primer sitio rindió homenaje al segundo y último sitio de interés que había en la ciudad: en el teatro se representó un solemne espectáculo, se pronunciaron discursos y una multitud numerosa, pero correcta, encabezada por el concejo y las sociedades científicas, se

* «Kunz y Schiller» es un tema-expósito. En mis primeros años de juventud lo leí en una revista alemana de relatos; el nombre de la revista y del autor, el título, el desarrollo de la trama, en resumen, todo salvo la exposición del relato ha desaparecido de mi memoria con los años. Y ahora intento —pluma en mano— recordar un tema ajeno con la esperanza de que el lector me ayude a encontrar a su verdadero autor. Pido que se considere un error de mi memoria toda aportación creadora al texto. (Nota del autor)

dirigió de nuevo desde el teatro al monumento para dar fin a los festejos.

El organizador de la conmemoración fue alguien respetado por todos, el director del teatro *herr* Gotthold Kunz, lo que, de nuevo, era completamente natural: en primer lugar, era el director del teatro y, en segundo, el autor de un artículo sobre Friedrich Schiller, escrito cuando todavía era joven, y ahora ya olvidado por todos, Kunz incluido, que se insertó en el *Allgemeine Literarische Zeitung*; para el día del aniversario el artículo fallecido volvió a dar señales de vida al agitar tres o cuatro citas amplias en una *Blatt* local. En el artículo, como ya sabían todos, desde el anciano profesor Windelmann hasta la joven *frau* Balz (la bonita dueña de un despacho de frutas a cuyo letrero miraba fijamente, sin haber apartado los ojos en quince años, el Schiller de mármol), se demostraba, sobre la base del cotejo exacto de los lugares desaparecidos de la correspondencia del poeta, de los innumerables «idem» y «loco citato», de los comentarios y del material mu-seístico, que entre los papeles del poeta debía encontrarse, evidentemente, una obra de teatro nunca publicada y, por consiguiente, extraviada.* Herr Kunz no sabía ni el título ni su contenido, claro está, pero suponía, basándose en razones estrictamente científicas, que era la mejor de todas las obras del gran poeta y, no

* El último drama de Schiller, *Demetrius*, quedó inacabado por la muerte del poeta, pero durante todo el siglo XIX circuló la idea de que había una versión terminada.

sin signos de exclamación, se dolía de la irreparable pérdida para la literatura y para la escena nacional, expresando solo al final la esperanza en la posibilidad de hallar el manuscrito extraviado.

En el extenso discurso en el teatro y en las breves palabras ante el zócalo del monumento, el honorable *herr* Gotthold repitió, al ritmo del chocar de palmas, del golpeteo de bastones y paraguas, su argumento, citando las fechas, los títulos y los números de las páginas.

La parte oficial de la solemne festividad había terminado. Por la tarde, en la gran sala del Kaiser Hotel local se celebró una cena medio íntima con la participación de poetas y artistas locales. Brindis. Recitales. El longevo profesor Windelmann compartió sus recuerdos sobre el encuentro en Stuttgart con un sobrino segundo del poeta, pero el protagonista de la velada siguió siendo el héroe del día, *herr* Kunz: era el primero de los vivos congregados alrededor del nombre del gran muerto.

Animado por los choques y roces de las jarras que recorrían la mesa, por las exclamaciones de «porfavor-porfavor», *herr* Kunz (ya era bien entrada la noche y la cantidad de botellas vaciadas empezaba a superar a las botellas aún sin descorchar) se puso de pie y, tras aguardar un momento a que se hiciera el silencio, declaró que desesperarse era prematuro: la obra perdida del gran maestro todavía podía encontrarse y él, Kunz, haría todo lo posible para... Un estruendo de aplausos ahogó sus palabras, pero *herr* Kunz no había termina-

do aún. Se hizo el silencio. «¿Cómo saber —exclamó— si está lejos o cerca el día en que yo, Kunz —en este punto al orador se le quebró la voz por la emoción—, tendré en estas manos el genial manuscrito? Y, entonces...». Pero el orador ya estaba rodeado. Lo felicitaban, soplándole en la cara el aliento a cerveza. Se formó una cola: para estrechar la mano de *herr* director Kunz.

Poco a poco se fueron dispersando. Unos cantaban «La canción de la campana», estancados indefectiblemente en las dos primeras líneas, pues nadie recordaba la continuación. Y había quien, confundiendo las palabras, recitaba algo de *Guillermo Tell*.

Cuando Gotthold Kunz se acercaba a la puerta de su piso de soltero, la calle desierta estaba inundada por la luna; el viento de la madrugada movía las hojas de los castaños. Kunz rebuscó en el bolsillo hasta dar con la llave y, una vez abierta la puerta, subió los cuatro peldaños de la escalera. Las habitaciones estaban a oscuras. Solo el brillo de la luna se deslizaba inquieto por el suelo. No había ni fósforos ni una vela en la mesita del dormitorio.

«Fritz y sus despistes», pensó *herr* Gotthold, pero como estaba de buen humor, decidió no despertar al criado y desnudarse en penumbra.

En realidad, hacía unos veinte años que *herr* Kunz había abandonado toda clase de investigación literaria e, incluso, los pensamientos sobre la poesía, los poemas, las obras encontradas o no encontradas (fuera de los límites de la lista confirmada por el Consejo para el

Repertorio), pero ahora, excitado por el vino, los aplausos y el estímulo, se sentía como un abnegado buscador de rarezas bibliográficas, como un bibliófilo apasionado, como un entendido... En los oídos le susurraban los tomos polvorientos de los papeles archivados: mira, ahí, el manuscrito... No, no es... Un cuaderno metido en un viejo infolio... No... Y de pronto... ¡ahí estaba!

El director Kunz se soltaba el cordón de la bota izquierda. El manuscrito recién descubierto de Schiller se publica con un prólogo del consejero Gotthold Kunz, discreto pero lleno de virtudes... Los periódicos y las revistas se lo pregonan al mundo. La sensación. La universidad de Bonn le enviará el título de doctor. De todas partes —de Königsberg, Múnich, Berlín— ofrecimientos de cátedras...

Herr Kunz se libró del zapato del pie izquierdo y se estiró hacia el derecho. Pero, de pronto, llamaron a la puerta: con timidez, pero de forma que se oyera bien.

—Pase, Fritz... ¿Me trae luz?

—Sí —se oyó al otro lado de la puerta.

La voz sonó extrañamente grave y desconocida. Después, alguien, cuyo rostro Kunz no pudo distinguir en la penumbra (justo la luna se había ocultado tras unas nubes), pasó primero la cabeza, después también el ángulo afilado de un hombro y, por fin, toda una figura extrañamente alta (detenida en el umbral de la puerta entornada).

Herr Kunz no se asustó, solo se sorprendió ligeramente.

—Yo tengo la culpa —dijo rebuscando por el suelo con el pie izquierdo con la esperanza de dar con el zapato.

—Me he decidido —dijo el desconocido (su habla era muy suave, casi un susurro, con deje del acento del sur de Alemania)—. Ha sido una noche tan memorable para nosotros... Tenía ganas de decirle... Si las palabras de su discurso no me han engañado... ¿Puedo?

Y, de repente, dando dos pasos hasta el sillón de respaldo pesado y semicircular que estaba girado hacia la ventana, el invitado se posó en él de una forma extrañamente pesada y, sacando del bolsillo de una chupa pasada de moda, de las que hacía mucho que no se usaban, un manuscrito, lo desenrolló sin prisa sobre las rodillas puntiagudas.

Había algo familiar en toda su figura.

—En verdad, creo que nos hemos visto en algún sitio, muy señor mío —empezó el dueño en tono contenido (ante estas palabras el desconocido meneó la cabeza lentamente)—, pero incluso las normas de una relación breve, me permitiré decir que agradable, es más, amistosa, no prevén... no justifican —subrayó *herr Kunz*— unas visitas nocturnas tan extrañas. Ha venido de visita cuando todos duermen y, si no me equivoco, con un manuscrito y...

—En otro momento —replicó con timidez el invitado, encorvándose sombrío sobre las hojas abiertas en las rodillas puntiagudas— no puedo. Mi ausencia en Marktplatz podría levantar rumores. Sobre todo después de los festejos. No le costará comprender que...

—No entiendo nada —atajó Kunz—, no me interesa en absoluto a qué se dedica usted en la Marktplatz («Será algún dependiente... un emborronador de páginas con versos», le pasó por la cabeza). Pero estará usted de acuerdo en que irrumpir, justamente irrumpir, antes de que haya luz en casa de un hombre que acaba de regresar de un homenaje al gran Schiller, en casa de un hombre que se ha merecido bastante el derecho a ser respetado... y sentarse con a saber qué «manuscrito» en las manos para hacer...

—Eso es precisamente lo que me ha obligado —farfulló el solicitante—. Su maravillosa habla, su artículo revelando un misterio que yo creía enterrado para siempre, todo esto me ha motivado a vencer mi habitual inmovilidad... Quizá esté siendo demasiado insistente.

Herr Kunz empezó a ablandarse un poco: «Qué original —pensó—, un poeta de provincias que arde en deseos de oír mi opinión sobre sus iniciativas. A fin de cuentas, es cosa de la juventud y se merece mi indulgencia».

—Está bien, joven —empezó a decir—, aunque por su parte esto es un poco extravagante, pero no pasa nada, no le daré mayor importancia a las formas. Llamaré al criado para que nos traiga unas velas y nos ocuparemos de su *manu scriptum*, je, je. ¿Hace mucho que escribe? —Y, con estas palabras, el alegre director tendió el brazo hacia el cuaderno.

—No soy tan joven —respondió en tono grave el invitado, y una extraña tristeza resonó en su voz—, hará

unos cien años que no escribo... Puede que más, ciento dos o ciento tres.

La mano del director Kunz cayó sin haber llegado al manuscrito: «Está loco, es un lunático. —Su cerebro se agitó—. El día está al llegar. Vendrá gente y mañana la ciudad entera andará contando que un grafómano consiguió embromar al director Kunz toda la noche. No y no, hay que acabar con esto».

—Muy señor mío —Kunz se levantó repentinamente y empezó a remarcar las palabras—, muy señor mío, le pido que se lleve su manuscrito y que me deje tranquilo. No deseo saber, ¿me oye?, no deseo saber quién es usted y qué ha pintarrajeado. Y, si insiste, entonces humildemente le pido: oficinas del teatro, Schillerstrasse, 2. De once a una. Hasta después.

La cara del desconocido pareció hundirse y volverse blanca como el mármol; se giró con dificultad en el sillón, que gimió, y en el despuntar de la mañana con más claridad se blanqueaba su perfil afilado, claramente trazado, aguileño. Se puso de pie: fue igual que una piedra golpeando secamente contra el suelo. Enrolló el manuscrito. Los frágiles peldaños empezaron a crujir bajo el paso suave pero pesado del que se marchaba.

Kunz estaba en el centro de la habitación, inmóvil, como una estatua; hizo un intento por comprender lo que había pasado; las sienas le latían, una idea se cruzaba con otra idea. Se enlazaban en una sola cosa las palabras, los gestos, los detalles del suceso... Y, de pronto, vacilando impotente, Kunz se fue dejando caer sobre la cama: «Era él».

En un abrir y cerrar de ojos Kunz había metido el pie en el zapato.

Dos pasos hasta la puerta. Se detuvo en una penosa indecisión. Y, de repente, tal como estaba, a medio vestir, sin sombrero, salió a todo correr en pos del que se había marchado.

Estaba amaneciendo. Las calles todavía estaban desiertas: las puertas, cerradas; las hojas de los postigos, juntas. Ni un alma. Solamente a la izquierda, más allá del cruce de Karls y Friedrichstrasse resonaba el paso pétreo y regular de alguien alejándose. Kunz corrió en pos del sonido. Este bien crecía al golpear con fuerza contra las puertas y los postigos cerrados, como si estuviera despertando a la ciudad somnolienta, bien se debilitaba repentinamente y se calmaba. Al principio Kunz andaba a pasos rápidos, después echó a correr: al llegar al cruce, vio en un destello del amanecer la espalda blanca y estrecha de su invitado, que se iba a pasos lentos, pero amplios; las piernas blancas y finas, cubiertas por medias, los rizos que le caían hasta los hombros, todo ello fulguró como una visión instantánea y se ocultó tras la esquina de Kaisergasse. Kunz corrió con todas sus fuerzas; al llegar a Kaisergasse volvió a ver la figura blanca, ahora ya bastante más cerca: andaba sin girarse a mirar, con paso lento pero gigante que resonaba pétreamente, avanzaba y avanzaba; los pliegues blancos e inmóviles de la chupa antigua le caían a lo largo del cuerpo; la cabeza estaba inclinada sobre el rollo desplegado que llevaba en las manos.

—¡El manuscrito! —gritó Kunz con voz entrecortada y jadeante, pero en ese momento el lazo mal atado del zapato izquierdo se soltó. Kunz se agachó y cuando, al cabo de dos o tres segundos, volvió a levantar la cabeza, la figura había doblado una esquina—. ¡Ay, señor, va a la plaza! —gimió desolado Kunz y se lanzó tras él con sus últimas fuerzas.

Una curva, otra curva: la plaza. Mientras llegaba corriendo a Marktplatz, Kunz volvió a ver la figura de su invitado. Las tejas de las cubiertas brillaban cual pórvido encarnado. La niebla matinal se deslizaba hacia lo alto, temerosa, en copos. Erguido en toda su gigantesca altura, el invitado al que no habían reconocido andaba haciendo resonar el mármol de las suelas en el empedrado. Blanco y orgulloso, con la cara un poco irónica brillando a la luz del sol, se fue directo al centro de la plaza. El sillón elevado en el granito del pedestal estaba sin ocupar.

Kunz se enganchó en un guardacantón y se cayó. Se levantó... y directo al zócalo. La figura ya estaba allí. Con un rechino pesado, el pie golpeó el granito del pedestal; las rodillas puntiagudas se doblaron; la cabeza se inclinó hacia atrás, la piedra se arrugó formando dos pliegues entre los arcos sobre las cejas y se solidificó; y el manuscrito empezó a enrollarse lentamente, muy lentamente, entre los dedos petrificados del gigante. Kunz ya estaba allí.

—El manuscrito —dijo con voz ronca y atrapó con los dedos el borde del rollo. El cuaderno seguía moviéndose, seguía curvándose debajo de su roce, tiró de

él, pero la mano se resbaló en el mármol, se soltó. Perdiendo el equilibrio, Kunz se tambaleó y se golpeó la cabeza contra un saliente del zócalo, rodó torpemente al suelo. Y se quedó tumbado bocabajo, como muerto.

El zapato del pie izquierdo se salió por detrás durante la caída, golpeó la tierra con la punta, dio un pequeño salto y, agitando desesperado el cordón, cayó en un charco.

1922